

TORMENTA

Marta Alvarez Carasa



Capítulo 1

Dio un puñetazo en la mesa porque era consciente de que estaba todo perdido y casi maldecía el día en que aquello había comenzado. Casi. Porque entonces recordaba esos ojos y como movía su pelo, de un lado a otro, entrelazándolo con los dedos, demostrando su inocencia y el temor a lo que estaba surgiendo entre los dos. Y daba gracias a lo que fuera que le hizo bajar ese día al bar a preparar el entrenamiento.

Solía hacerlo en casa, sentado en la mesa del comedor pero aquel día de enero hacía tanto sol que le parecía un pecado quedarse en casa. Su presencia levantó algún murmullo y exclamación de alegría; eso era lo que le gustaba de aquel lugar, la cercanía y que le trataran como a uno más. Saludó a un par de hombres y se sentó en la barra a trabajar.

Hasta que entró ella.

Dudaba que tuviese más de veinticinco años, la melena pelirroja le caía por los hombros en ondas y parecía buscar a alguien a quien pareció no encontrar. Se sentó a su lado, sacó su iPad y empezó a teclear, mientras escuchaba música. Menos mal que no se daba cuenta de las miradas que él le lanzaba, cada vez más insistentes y repetitivas, mientras se encontraba buscando una excusa para acercarse a ella. ¿Pero qué estaba pensando? No podría hacer algo así, y menos sabiendo que Sabrina estaba a solo cincuenta metros, en casa, terminando de desempaquetar los muebles que por fin habían llegado. Sacudió la cabeza de lado a lado y fue entonces cuando ella pareció reparar en su presencia. Y reconocerle obviamente.

Mierda.

Le miró y sintió como se quedaba petrificado al ver unos ojos negros que le miraban intrigada.

Mierda.

Y le sonrió. Fue una sonrisa normal, la típica que se lanzan dos personas en la calle cuando sus vidas confluyen al cruzarse, por ejemplo. A penas un segundo, pero que a él le bastó para darse cuenta de que nada de lo que había visto hasta entonces tenía brillo, luz o color comparado con aquella sonrisa.

Mierda.

Siguieron allí. Ella tecleando y él intentando concentrarse. Se sorprendió al seguir buscando su atención, sintiendo miedo al ver que ella no hacía ni

mención de volver a mirarlo. La escuchó hablar por teléfono y casi da un brinco al oírle hablar del partido de aquel fin de semana.

Tenía la excusa perfecta. Y también el motivo perfecto para no hacerlo.

Pero lo hizo.

Si.

Y lo que vino después fueron los mejores meses de su vida, viviendo soñando en una existencia paralela, en un secreto del que eran los únicos cómplices. Hasta que dejó de ser buena idea, hasta que se dio cuenta de que la necesitaba para respirar.

Y por eso estaban allí, sabiendo que sería la última vez que se verían.

Estaba tan guapa como siempre, pero con los ojos apagados y la sonrisa congelada en una mueca que intentaba reflejar la seguridad y valentía que le habían llevado a poner las cartas sobre la mesa. A ella. A pensar en todo lo que él estaba arriesgando por ella, por un error que se estaba convirtiendo en algo demasiado peligroso.

Él callaba, dejándola hablar. La culpa era suya. Por no haber pensado, por haberse dejado llevar, metiéndola en aquella situación difícil de soportar y que poco a poco estaba apagándola. Estaba cansado de verla sufrir, de ser el responsable de que su mirada hubiera perdido el brillo sin el que no podía vivir. Y jamás podría perdonarse haber sido el culpable de que su rostro pareciera haber olvidado como sonreír.

Cogió su bolso, se levantó y le dirigió la última mirada. El más absoluto vacío y tristeza.

Y como ya hiciese una vez, se dejó llevar.

Delante de toda aquella gente. Sin importarle lo que iba a perder porque sabía que nada podría compararse a lo que iba a ganar.

Loco le iban a llamar. Desquiciado había dicho su mejor amigo. "Dejar a la mujer de tu vida por una niñata que lo mismo te manda a la mierda a los tres meses".

Pero es que en ese momento, al verla levantarse y sabiendo que no iba a regresar, supo que estaba a punto de perder a la que realmente era la mujer de su vida. No sabía si de su vida entera, pero si la que había hecho que su corazón volcase, diese un giro y volviese a ver el mundo con los ojos de un niño.

La que había sacado al mejor hombre que podía ser incluso cometiendo

algo tan deleznable como una infidelidad. La que le había descubierto lo que es sentir hogar a una persona. Tirando por la borda años y sueños que creía indestructibles.

Pero es que él había dejado de soñar al encontrarla, porque ningún sueño podía compararse con la realidad que ella le ayudaba a dibujar.

Y la besó.

Delante de todo el mundo y como sabía que a ella le gustaba. Entregándose a ella, sin saber siquiera si le iba a recoger.

Pero lo hizo.

Y estalló la tormenta.